

- Madrid -

Me llamo Marina Profesa Perpetua en la Congregación de HH. Oblatas de Cristo Sacerdote. Ingresé en ella el 22 de julio de 2001 y camino con ilusión en una vida contemplativa, en el silencio y la soledad, en la oblación y la oración continua.

Cuando un corazón joven y ardiente piensa en entregarse del todo a los demás, casi siempre brota la vida apostólica, activa, visible a los ojos del mundo. También fue así para mí. El Señor quiso que tuviera una experiencia en un país de misión (Rep. Dominicana) durante los meses de verano y dejó tal huella en mí que decidí marchar de nuevo durante un tiempo más largo y convivir con los pobres, dándoles lo único que tenía: mi tiempo, mi persona y mi fe en Jesucristo y la fuerza de su amor.

Pasé en aquella misión 10 meses en los que Dios, celoso de nuestras almas, iba provocando en mi interior una sed que no sabía cómo ni dónde calmar. Con mayor empeño me entregaba a la catequesis, los niños, las visitas que hacíamos a la cárcel, los enfermos, hasta que sucedió algo (para muchos sin importancia pero para mí providencial): amanecí un día con vómitos, fuertes escalofríos, gran debilidad física. El sacerdote había salido del pueblo y los colaboradores de la parroquia me llevaron al "hospital" (un pequeño dispensario). Me pusieron suero y me tumbaron en una camilla, no hizo falta más. El médico diagnosticó: agotamiento total. Lo siguiente que recuerdo fue que era domingo y que había estado dos días completos durmiendo. No me desperté ni para comer.

Aunque parezca absurdo o una pequeñez, a mí me dejó un pensamiento que no se borró al volver a España: si había trabajado tanto, hasta el agotamiento y aún quedaba tanto por hacer... tenía que haber otra manera, más, eficaz.

Volver a la normalidad era casi imposible, me urgía responder a esa sed provocada por el amor del Señor que me había dado tanto. Necesitaba rezar, necesitaba escuchar la voz de Dios, necesitaba conocer su voluntad sobre mi vida. Un alma revuelta por este tiempo en la misión, un corazón demasiado impetuoso dispuesto a todo en cualquier momento, una necesidad casi sofocante de ser fiel a la llamada que Cristo me hacía, un continuo disgusto interior que aumentaba mi preocupación (aunque no era visible) en mi familia. Ésta era la situación en la que me encontraba: demasiado cansada de luchar conmigo misma y desesperada porque "Dios callaba".

Pero el Señor tuvo misericordia de mí y su infinita paciencia me enseñó que "Él llama a los que quiere" y que nada tenemos como mérito para que Él nos escoja con amor de predilección.

Llegó la Semana Santa; siete meses de batalla habían agotado mi alma y enturbiado mi alegría. Se presentó la oportunidad de pasar esos días en un alojamiento exterior a la Casa-Madre de la HH. Oblatas de Cristo Sacerdote en Madrid. Era la ocasión: necesitaba silencio y soledad para escuchar la voz de Dios. Sólo quería un lugar recogido y tranquilo donde poder ordenar y reposar todo lo que bullía como un volcán en mi interior. No tuve ningún contacto con las hermanas, eran días santos para todos. Y el Señor me esperaba paciente y sonriendo.

La noche del Jueves Santo, con angustia en el corazón, repetía al Señor esta oración: "Señor, pídemelo lo que quieras porque ya no puedo más". Y aquel Corazón divino... latió para mí dándome la Vida. "Por ellos ruego y por ellos me santifico a mí mismo".

¡Había encontrado mi lugar en la Iglesia! Como la santa de Lisieux entendí que el Corazón de Cristo sigue latiendo día y noche en ansias de amor por las almas... pero ¿quién les lleva el río de la gracia por medio de los sacramentos sino los sacerdotes? ¿cómo conocerán la Palabra hecha carne sin sacerdotes que les prediquen? ¿cómo experimentarán la alegría de su misericordia sin sacerdotes que les perdonen los pecados? ¿en dónde saciarán su hambre sin sacerdotes que les alimenten con la Eucaristía? ¿cómo podrán vivir como hijos de Dios sin sacerdotes que les bauticen? El Corazón de Cristo Sacerdote reclama hombres dispuestos y enamorados pero... hace falta que sean santos, para que muestren al mundo el verdadero rostro del Señor.

¡Había encontrado esa otra manera de entregar la vida hasta la muerte! En el silencio, en la soledad, en la entrega constante de amor a Dios, dejando que Él tome un cuerpo capaz de sufrir para que "muchos tengan vida"; en la incesante oración al Padre "para que ellos sean santos y así el mundo crea".

Día y noche late el corazón de Cristo Sacerdote; día y noche late, en la oración, el corazón de las oblatas que siempre están ante el sagrario, interrumpiendo el sueño para hacer suyo el latido del corazón de Cristo y elevar al Padre la súplica: "Padre, santifícalos en la Verdad".

Esta es la eficacia de la oración: que Dios ha querido almas, vidas entregadas, escondidas, olvidadas, desconocidas, que se dejen poseer por el infinito amor de Dios y ser así cauce de gracia para muchas almas que jamás conocerán.

Porque es la vida de Dios y no la nuestra. Por eso, puede ser fecunda una vida que, por la oración y el sacrificio, no tiene límites ni fronteras, nunca tiene descanso porque vive de un Amor que nunca se agota, que nunca se cansa de amar ni de buscar a los hombres que han sido creados por Él.

Por último, hay algo que creo resume muy bien la eficacia y el sentido de nuestra vida contemplativa. Siendo postulante, a los pocos meses de entrar en la Congregación, un sacerdote misionero me dijo: "Yo me mantendré de pie mientras tú permanezcas de rodillas". Creo que habla por sí solo.

Doy gracias a Dios por el inmenso don de la vocación contemplativa, por todos los dones con que cada día me bendice; doy gracias a Dios porque algo he aprendido: que su plan es eterno sobre cada alma es irrevocable y que nunca se arrepiente, que su llamada es para siempre, que se puede cimentar una vida en la fidelidad del Amor de Dios que nunca se apartará de nosotros.

Doy gracias a Dios por esta vocación tan singular y tan hermosa de oblata de Cristo Sacerdote. Doy gracias por la experiencia misionera que me condujo hasta donde hoy estoy. La misión me capacitó para una "misión mayor", me hizo descubrir que "si el grano de trigo no cae en tierra y muere... no da fruto", si no se entierra, si no se oculta queda infecundo.

No quiero olvidarme de alguien que me va acompañando en este camino: Madre (como siempre llamamos a la Virgen María) Ella, la perfecta oblata, que ofreció su cuerpo y su vida para que Cristo Sacerdote se hiciera presente en medio de nosotros y llevar a cabo la misión de devolver al Padre la humanidad entera. Ella, la mejor contemplativa, que "conservaba todas las cosas en su corazón". Ella, la Reina de los Apóstoles, Madre de toda la Iglesia. ¿Quién se atreverá a decir que la vida de Madre fue estéril e inútil porque vivió en silencio y escondimiento, "dedicada a la oración junto a los apóstoles y algunas mujeres"? ¿Quién duda que la oración de Madre sostenía los comienzos apostólicos de la Iglesia naciente?

Como Ella queremos ser, como Ella yo quiero ser, con un "Fiat", un "Hágase" constante a la Voluntad del Padre eterno.

Marina